

LOS JÓVENES HOY: EL DESARROLLO COMO RECURSO

PRÓLOGO

JOSÉ LUIS CALVA*

En escenas que conmovieron al mundo, después de los trágicos sismos de 2017 en la Ciudad de México, más de un millón de jóvenes se volcaron a remover escombros, abrir túneles buscando personas, formar cadenas humanas de ayuda, organizar el acopio y la entrega de víveres y cobijas, apoyar albergues, donar sangre, ordenar el tránsito vehicular y, en suma, hacer brillar una de sus cualidades supremas: la solidaridad.

Organizados de manera autónoma en brigadas de rescate y con el puño en alto en petición de silencio, salvaron vidas, con la firme convicción de que esta tarea no podía confiarse al gobierno. De hecho, la desconfianza hacia las instituciones gubernamentales y sus altos funcionarios fue la constante en las áreas de desastre; y cuando algunos de éstos aparecieron sin rostros de polvo y sudor para tomarse la foto, recibieron el abucheo de los rescatistas espontáneos. Paralelamente, frente a la desinformación desde el gobierno y el duopolio televisivo, los jóvenes movilizados utilizaron las redes sociales para verificar información y ofrecer y solicitar ayuda. Así, bajo las etiquetas #SismoMx, #FuerzaMéxico, #Sismo y #PrayForMexico, la juventud mexicana “mostró al mundo que a twitazos sí se puede salir de una crisis y que sí se puede cambiar el rumbo de un país” (Alfonso Cedeño, “La generación del #Sismo”, en *Reforma*, 26/IX/2017).

Cinco años antes, en sucesivas escenas que sacudieron la conciencia nacional, más de veinte mil jóvenes se reunieron al pie de la Estela de Luz para iniciar una magna marcha que culminó en la Plaza de la Constitución el 23 de mayo de 2012. El Comité Organizador de la marcha, en voz del el Movimiento #YoSoy132, proclamó el sueño de los jóvenes: “La situación en la que se encuentra México exige que las y los jóvenes tomemos el presente en nuestras manos, es momento de que luchemos por un cambio en

* Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

nuestro país, es momento de que pugnemos por un México más libre, más próspero y más justo”. “Queremos que la situación actual de miseria, desigualdad, pobreza y violencia sea resuelta”. “Hoy los jóvenes de México hemos encendido una luz en la vida pública del país. Asumimos este momento histórico con valentía e integridad”.

Cinco semanas después, durante la “Marcha salvemos México”, a la luz de las velas y antorchas encendidas por los más de doscientos mil manifestantes que a las 12 de la noche del 30 de junio desbordaron la Plaza de la Constitución, el Movimiento #YoSoy132 reafirmó su sueño y su reto: “Hoy la esperanza se impone frente a la violencia y la injusticia. No existe cabida para la indiferencia ni el egoísmo”. “Si no ardemos juntos, quién iluminará esta oscuridad”.

En general, los jóvenes que en septiembre de 2017 emergieron en acciones heroicas de solidaridad y de esperanza simbolizada por el puño en alto, así como los jóvenes que cinco años antes se organizaron en (o se movilizaron convocados por) el Movimiento #YoSoy132, nacieron después de 1982. Les ha tocado vivir una época marcada por la palabra crisis: crisis económicas, crisis electorales y del proceso de transición trunca a la democracia, crisis de seguridad pública, crisis de derechos humanos, crisis de corrupción e impunidad, etcétera. Por estas crisis han sido afectados no sólo los jóvenes de menor escolaridad y de más bajos ingresos, sino también la mayoría de la juventud estudiantil, tanto de las universidades públicas, como de las privadas. No es extraño que el Movimiento #YoSoy132 haya nacido el 11 de mayo de 2012 en la Universidad Iberoamericana. Uno de sus profesores observó: “Lo sucedido en la Ibero es resultado, por un lado, de un contexto de economía estancada, de limitadas oportunidades de empleo y de cerca de 65 mil muertos. Los “chicos Ibero” no han sido ajenos a esa violencia (casos de secuestro), ni a la situación económica (negocios familiares a la baja o traslados a otros países), ni menos a la falta de oportunidades de empleo (trabajos que pagan mucho menos de lo que les costó la colegiatura). Hay rabia y frustración ante la realidad”. “La visita de Peña Nieto fue el detonante, el coraje ya existía, la rebeldía es natural a su juventud, el conocimiento a su condición universitaria y ahora las redes están permitiendo una mayor resonancia, amplificación y alcance de sus reclamos” (Manuel Alejandro Guerrero, “Chicos Ibero y redes sociales”, *Reforma*, 18/V/2012).

Con notorio relieve, el profesor Guerrero parece haber pintado en unas cuantas pinceladas el retrato de la juventud estudiantil del México de hoy. Quince meses después, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), publicó sus *Estadísticas a propósito del Día Internacional de la Juventud*, en las cuales reporta que el 44.8% de los jóvenes ocupados de 25 a 29

años con estudios profesionales terminados (licenciatura, maestría o doctorado) tienen empleos ajenos a su formación universitaria, situación que afecta principalmente a los jóvenes profesionistas del estrato socioeconómico bajo (al 60.4%), pero también a los jóvenes de estrato socioeconómico alto (33.3%), así como a los jóvenes de los estratos medio bajo (50%) y medio alto (43.7%). Es realmente inquietante, no sólo por sus efectos inmediatos en los proyectos de vida de los jóvenes, sino porque “el desempleo de larga duración” —como reconoce el INEGI siguiendo a la Organización Internacional del Trabajo— trae consigo “el desgaste de la formación adquirida”. Desde luego, la dura competencia por escasos puestos de trabajo conlleva menores salarios y prestaciones para los jóvenes profesionistas.

Ahora bien, ¿por qué teniendo México una economía subdesarrollada, urgida de elevar su productividad mediante una mayor calificación y escolaridad de sus trabajadores, no ofrece suficientes empleos dignos a sus egresados de educación superior?, ¿por qué tiene México trabajando fuera de su profesión al 43.8% de sus ingenieros mecánicos, al 30.4% de sus contadores, al 51.8% de sus agrónomos, al 35.5% de sus ingenieros en electrónica, etc., como se detalla en la segunda sección de este volumen?

La causa de la escasez de empleos dignos para las nuevas generaciones radica en el pobre y errático crecimiento de la economía mexicana durante las últimas tres décadas y media. Para ofrecer suficientes puestos de trabajo remunerados a sus jóvenes, la economía mexicana debió haber crecido a una tasa media superior al 6% anual. Esta relación tiene por fundamento el hecho de que el número de nuevos empleos remunerados demandados por los jóvenes creció a una tasa ligeramente superior al 3% anual (debido a las tasas de crecimiento demográfico observadas desde mediados de los años sesenta hasta los años noventa, cuyas sucesivas cohortes de jóvenes pasaron a requerir empleos remunerados, sumadas a la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral), mientras que la tasa de crecimiento del empleo remunerado solo fue de 1.4% anual durante el periodo 1983-2017, debido al pobre crecimiento del PIB a una tasa media de 2.3% anual.

Por esta causa, durante el periodo 1983-2017 más de 10 millones de mexicanos emigraron a Estados Unidos en busca de empleos remunerados que no encontraron en nuestro país (con base en J. S. Passel y D’Vera Cohn, *Mexican Immigrants: How Many Come? How Many Leave?*, Pew Hispanic Center, Washington, D.C. 2009; y la tabla “Since recession, U.S. immigrant populations from Northern Triangle rise as number from Mexico declines”, en D’Vera Cohn, Jeffrey S. Passel and Ana Gonzalez-Barrera, *Rise in U.S. Immigrants*, Pew Hispanic Center, Washington, D.C., 2017). Además, de acuerdo con las cifras de INEGI para el primer trimestre de 2018, 31 millo-

nes de mexicanos, que representan el 56.8% de la población ocupada, se ubican en el empleo informal, caracterizado por su precariedad, sus bajas retribuciones y la ausencia de prestaciones de seguridad social; 5.6 millones se encuentran en el desempleo encubierto (“no buscan empleo porque no tienen esperanza de conseguirlo, pero se declaran en disponibilidad de trabajar”: INEGI), sin contar a los 2.5 millones de mexicanos que se encuentran en el desempleo abierto: buscan activamente trabajo, pero no lo encuentran.

Para colmo, los salarios mínimos perdieron el 69.1% de su poder adquisitivo durante el periodo 1983-2017; los salarios de los trabajadores con contrato colectivo de trabajo en las ramas de jurisdicción federal perdieron el 63.6% de su poder de compra; y más de treinta millones de mexicanos cayeron en la pobreza. Como resultado, nuestro país sufre una grave pérdida de cohesión social cuyas manifestaciones son cada vez más alarmantes.

En estas condiciones, para realizar su sueño de un México más libre, más próspero y más justo, la juventud está obligada a empuñar una espada como la de Alejandro Magno, para romper con el nudo gordiano de desigualdad, pobreza, miseria y violencia, cortando de raíz las causas que han provocado el extravío de la economía mexicana del camino de la prosperidad, así como las causas que obstruyen la transición a la auténtica democracia.

¿Por qué la estrategia neoliberal, perseverantemente aplicada desde 1983 hasta el presente, ha arrojado resultados tan decepcionantes en términos de crecimiento del PIB y del bienestar social? ¿Por qué se adoptó en México esta estrategia y por qué no se le ha puesto punto final? La respuesta a estas interrogantes es crucial para que los jóvenes de hoy —y los mexicanos en general— puedan vislumbrar los escenarios y caminos del porvenir.

En un viaje a través del tiempo, al estilo la película “El efecto mariposa”, de J. Mackye Gruber y Eric Bress, miremos primero cuál sería el entorno de vida de los jóvenes de hoy —los que encendieron la llama de la esperanza después de los sismos de 2017 y los que hicieron la luz en medio de la oscuridad en 2012 movilizándose bajo la etiqueta de #YoSoy132— si la tasa media de crecimiento del PIB observada en el periodo 1935-1982, que fue de 6.1% anual, se hubiera mantenido durante el periodo 1983-2017, cuando ellos nacieron y crecieron. Pueden abrir los ojos: México sería la cuarta economía del mundo, habiendo alcanzado en 2017 un PIB de 5 207 964.9 millones de dólares a precios constantes de 1990 corregidos a paridad de poder adquisitivo (PPA); mayor que el PIB de Japón, que en 2017 fue de 3 196 040.6 mdd PPA de 1990; que el de Alemania, que fue de 2 455 419.7; que el del Reino Unido, que fue de 1 715 549.3, etcétera (la fuente primaria de los datos observados del PIB y PIB per cápita en PPA de cada país es el

FMI, World Economic Outlook Database, April, 2018; su conversión a precios constantes, las proyecciones y estimaciones en escenarios hipotéticos son cálculos nuestros).

Todo el entorno del ciclo de vida de casi 32 millones de jóvenes que hoy tienen entre 15 y 29 años de edad, habría sido muy distinto. La economía mexicana habría generado suficientes empleos dignos para sus nuevas generaciones, de modo que ningún mexicano habría tenido que emigrar al extranjero por falta de empleos en nuestro país; y los egresados de las instituciones de educación superior estarían trabajando en sus respectivas profesiones, como ocurre en las economías exitosas del mundo y ocurrió en México durante el periodo 1935-1982. Además, el poder adquisitivo de los salarios mínimos —manteniendo las tendencias previas— se habría incrementado por lo menos 80% respecto al observado en 1982 (en lugar de haber disminuido 69.1%, como ocurrió), de modo que su poder de compra en 2017 habría sido por lo menos seis veces mayor al que se observa hoy (2018).

Por su PIB per cápita —no obstante que al crecer la economía mexicana a una tasa del 6.1% anual se habría evitado la migración de mexicanos al extranjero en busca de empleos y, por ello, tendríamos una población mayor que la observada— México habría cruzado la línea divisoria entre los países subdesarrollados y las economías industrializadas o de altos ingresos; alcanzando en 2017 un PIB per cápita de 37 793.77 PPA de 1990, similar al de Estados Unidos (35 029.39 dólares PPA de 1990) y superior al de Alemania (29 686.20), al de Japón (25 215.69), al de Francia (25 762.76), etcétera.

Duele viajar en el tiempo y abrir los ojos frente a los estragos que ha producido en México el grupo de tecnócratas neoliberales que han permanecido en el poder desde el arribo de Miguel de la Madrid a la presidencia de México hasta —por lo menos— noviembre de 2018, no obstante la alternancia de partidos en el gobierno. En 1982 nuestro país tenía un PIB per cápita de 9 029.8 en dólares PPA de 1990, superior al de Corea del Sur que era de 3 696.6 dólares PPA de 1990; en aquel año nuestro PIB per cápita no estaba muy distante del de España (11 784.5 en dólares PPA de 1990). Treinta y cinco años después, en 2017, el PIB per cápita de Corea del Sur alcanzó los 23 215.38 dólares PPA de 1990, mientras que el de México apenas llegó a 11 717.13 dólares PPA de 1990 en 2017; y el PIB per cápita de España alcanzó los 22 539.64 dólares PPA de 1990, de manera que se agrandó nuestra brecha de ingreso con España, y con los demás países desarrollados.

Una última comparación: en 1982 México tenía un producto interno bruto de 655 585.92 millones de dólares PPA de 1990, mayor que el PIB de la

República Popular China, que era de 527 370.77 millones de dólares PPA de 1990. Treinta y cinco años después, el PIB de China alcanzó los 13 634 186.37 millones de dólares PPA de 1990, superior al de Estados Unidos cuyo PIB en 2017 fue de 11 415 597.93 millones de dólares PPA de 1990. En contraste, el PIB de México en 2017 apenas fue de 1 447 279.35 millones de dólares PPA de 1990, cerca de la décima parte del PIB de China.

¿Qué explica el éxito espectacular de China y otros países como Corea del Sur, Taiwán, etcétera; y qué explica el extravío de México del acelerado crecimiento económico observado durante el periodo 1934-1982? Aunque de modo figurativo los economistas solemos hablar de “milagros económicos”, en economía no hay milagros sino buenas y malas estrategias económicas: las buenas estrategias de desarrollo traen consigo altas tasas de crecimiento del producto nacional, de la productividad y del bienestar social, con la consiguiente convergencia hacia los países ricos; las malas estrategias de desarrollo traen consigo bajas tasas de crecimiento económico y agrandan las brechas de ingreso y de bienestar respecto a los países desarrollados.

Por eso, para hacer realidad su sueño de un México más libre, más próspero y más justo, la juventud necesita cobrar conciencia de las políticas económicas que caracterizan a las estrategias de desarrollo exitosas, *versus* las que caracterizan a las estrategias fracasadas. “La verdad os hará libres”, reza la máxima latina proyectada por los jóvenes sobre la Estela de Luz el 11 de mayo de 2013, con motivo del primer aniversario del Movimiento #YoSoy132. Sólo distinguiendo entre la verdad y el engaño, es posible que los pueblos puedan elegir con conocimiento de causa y forjar su propio destino.

Como en cualquier experimento de laboratorio, los resultados empíricos de la estrategia económica neoliberal en México deberían asumirse como criterio de la verdad, poniendo fin a esta estrategia. De otro modo, la trayectoria decadente que ha padecido la economía mexicana durante tres décadas y media de experimentación neoliberal será el espejo de nuestro futuro. En 1982, por su PIB per cápita México ocupaba el lugar 43 entre las economías del planeta; en 1990 había caído al lugar 46 (considerando en este análisis solamente los 141 países con información de PIB per cápita en dólares PPA desde 1982 hasta el presente en la citada base de datos del FMI); y continuó descendiendo hasta ocupar en 2017 la posición 56. Si la economía mexicana mantiene la tasa media de crecimiento observada durante el periodo 1983-2017 —y las demás economías mantienen sus tasas medias de crecimiento anual observadas en igual periodo, al tiempo que sus tasas de crecimiento poblacional se comportan conforme a las proyecciones de la ONU (*World Population Prospect. The 2017 Revision*)—, en 2040 México habrá descendido al lugar 68 entre las mismas 141 economías del planeta,

y su PIB per cápita será la sexta parte del PIB per cápita de China. No sería un destino halagüeño para los jóvenes de hoy ni para sus hijos.

Pero el destino de los jóvenes puede ser muy distinto si México se atreve a sacudirse los dogmas del Consenso de Washington y aplica soberanamente una estrategia posneoliberal de desarrollo (cuyos principios e instrumentos fundamentales se analizan de manera multidisciplinaria en esta colección de libros). En este escenario, es perfectamente factible —como lo muestran las pruebas factuales internacionales de las economías exitosas (herejes al Consenso de Washington), así como nuestra propia experiencia histórica— que nuestra nación reencuentre su propio camino hacia el crecimiento económico acelerado y sostenido, por lo menos a una tasa media similar a la observada bajo la estrategia económica precedente a la neoliberal (6.1% anual). De esta manera, en 2040 México sería la quinta economía del planeta, cuya principal potencia será China, seguida por India y Estados Unidos; y en la clasificación de los países según su PIB per cápita —no obstante que la migración de mexicanos al extranjero en busca de empleos habría desaparecido, al generarse suficientes empleos dignos en nuestro país— México ocuparía el lugar 26 entre los mismos 141 países, con un PIB per cápita de 42 867.63 dólares PPA de 1990, similar al de Francia (35 784.98) superior al de Italia (30 601.6) y no muy distante del de Alemania (48 373.95) o de Canadá (43 653.18).

Este destino halagüeño para los jóvenes de hoy y del futuro es razonablemente factible, puesto que corresponde al potencial de crecimiento que realmente tiene la economía mexicana. Argumentado sólidamente desde la década de 1980 por economistas académicos de México, este crecimiento ha sido también reconocido por funcionarios de organismos internacionales. Por ejemplo, el secretario general de la OCDE, José Ángel Gurría —durante el “Foro Internacional sobre Políticas Públicas para el Desarrollo de México”, realizado en febrero de 2007— reconoció: “México tiene capacidad para crecer a tasas anuales del 7% al 8% sostenidamente como China, India y Corea. Con políticas públicas de calidad y una instrumentación eficiente ello sería factible” (*En Pleno*, Núm. 80, 8/III/07). Y previamente la directora del Banco Mundial para México, Isabel Guerrero había señalado: “Una tasa de crecimiento del PIB de 4 o 5% es buena para la economía estadounidense, pero no necesariamente es buena para México, que tiene mucha pobreza”. “El país necesita crear puestos de trabajo productivos, con buenos salarios y para ello debe crecer como China o la India” (*El Financiero*, 28/IX/06). Estas afirmaciones podrían ser suscritas por los más destacados economistas del desarrollo en el planeta.

La clave consiste en atreverse a cambiar, diseñando e instrumentando de manera soberana nuestra propia estrategia de desarrollo. Como señaló la

pléyade de economistas (entre ellos Joseph Stiglitz y Paul Krugman, premios Nobel de Economía 2001 y 2008, respectivamente) que en 2004 formularon la *Agenda del Desarrollo de Barcelona*: “Las naciones que han conseguido llevar a cabo la importante tarea del crecimiento sostenido han hecho frente a distintos tipos de obstáculos”; en todos los casos se trata de países que han preservado su “libertad de diseñar políticas adaptadas a sus circunstancias específicas”.

En el ámbito económico-social, durante el siglo XX tuvimos en México dos grandes transformaciones: la Revolución mexicana, que fue caracterizada por el entonces joven poeta Octavio Paz como “una búsqueda de nosotros mismos”, como “un estallido de la realidad” en el que México “se atreve a ser” (Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1959); y la reforma neoliberal, que significó la conversión de México en un enorme laboratorio de experimentación de los dogmas del Consenso de Washington, es decir el extravío de nosotros mismos y el abandono de un México sin proyecto propio a la deriva del mercado global.

Fue un salto al vacío. Como observó Octavio Paz: en la Revolución mexicana, “el pueblo se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación. De ahí su fertilidad”. En contraste, el abandono de México sin proyecto propio a la deriva del mercado global acusa la tremenda esterilidad de la reforma neoliberal, así como la pobreza de convicciones nacionales y populares de la elite tecnocrática que ha conducido la economía mexicana durante tres décadas y media.

Hay que reafirmarlo: sólo mediante un proyecto nacional de desarrollo soberanamente definido, podrá México encontrar su propia senda de crecimiento económico sostenido con equidad, haciendo renacer la imaginación realista, la creatividad y la reciedumbre de los mexicanos.